

píritu pequeño y diminuto, arrimado a jurisdicciones y fueros, como dije, divide la Iglesia en dos, es Ferrer el que restablece con su peso en un lado de la balanza nuevamente la unidad: él aconseja a los de Constanza la deposición de los pontífices múltiples y él inclina al rey de Aragón —que tanto pesaba en el concierto de los pueblos cristianos— a la obediencia del Papa prevaledor. El Imperio —ecuménico— de lo católico, a través de la unidad de su Iglesia, tiene en Ferrer, pues, una figura puntal, una figura identificada con su carácter imperial.

Pero aún hay más. Las figuras prototípicas de la fundación del Imperio español son Fernando e Isabel, que unen a España en sus personas, juntando —«yunta», «yugo», «ayuntar», «juntar», vienen a ser palabras de la misma raíz— los dos reinos más importantes. ¿Cuál es la aportación de Ferrer a esta realidad futura, que cuajaría poco más de medio siglo después?

Pues nada menos que el implantar en ambos reinos a los vástagos de una misma familia. Por primera vez en la historia peninsular, los intereses —habida cuenta del montaje político, institucional y social del tiempo— de Castilla y Aragón iban a mezclarse en la medida que entonces se mezclaron. Hasta entonces ambos reinos habían actuado como extranjeros, pese al parentesco cercano del habla y a la extrema vecindad de tierra, ambos en la Península. Desde Caspe se hablará en Aragón de los «infantes de Castilla», lo mismo que en ésta serán preocupación de todos los «infantes de Aragón». Gracias a Caspe los dos reinos se habitúan a tener los negocios a medias, los conflictos a medias y la dinastía a medias también.

Por todo ello, este santo más de la serie de figuras imperiales —San Isidoro, San Fernando, etcétera— tiene por pleno derecho y significación un puesto entre ellas.

